S.E.R. Mons. Giampietro Dal Toso

*Presidente de las OMP*

**Santa Misa en ocasión del lanzamiento del CAM 6**

*Ciudad de México, 16 febrero 2020*

Queridos hermanos y hermanas:

Creo que es un privilegio poder inaugurar hoy con ustedes la preparación del Congreso Americano Misionero 2023 que tendrá lugar en Puerto Rico. Comienza desde hoy un camino de preparación que empeñará a todas las diócesis de este continente, de manera que el congreso misionero sea de verdad un acontecimiento eclesial, es decir, algo que comparten todas las Iglesias de este continente, todos los católicos de este continente. Este congreso podrá tener una influencia real para que el celo misionero pueda renovar a todas las Iglesias, unidas en la comunión universal.

Por eso, no es casualidad que hoy estemos reunidos en este santuario mariano tan determinante para la evangelización en todo el continente. Aquí María se ha manifestado a un indio; aquí la Madre de Dios que ha generado la Palabra, ha hecho posible que esta misma Palabra también fuese carne para los pueblos hasta aquél momento lejos del conocimiento de Jesús. No es casualidad que estemos reunidos aquí hoy porque también hoy se debe renovar este milagro, que de María tome carne el cuerpo de Cristo y sea así partido para el hombre de hoy que vive en este continente, ampliando también la mirada a todo el planeta.

También hoy esta Palabra ha llegado hasta nosotros en la liturgia que celebramos. Nos hablaba de la sabiduría, y justo en el camino hacia el CAM, como en todas las actividades de nuestra vida, necesitamos la sabiduría. Necesitamos una sabiduría que ilumine, inspire, acompañe, perfeccione el impulso misionero, verdadero objetivo del CAM. El libro del Sirácida nos hablaba de una sabiduría infinita, cuyo poder es inmenso. Es la sabiduría en la que ha sido creado el universo, sabiduría que continúa regulando, rigiendo y gobernando todo el universo, y con él la historia de los hombres. Sí, detrás de todo, detrás de cada vida, detrás de mi vida, se esconde una sabiduría; si esta faltase, la vida no sería comprensible, el universo no sería comprensible. El primer acto debido a la existencia es sorprendernos de ella, de la belleza y de la fuerza y de la bondad que la rodea, más aún, que la anima desde dentro. El primer acto debido a la existencia, nuestra, de los otros hombres, de toda la creación, es plegarnos a un orden sabio que nos precede, porque es un don de Dios. Como dice la Escritura, Dios ha establecido todas las cosas en la sabiduría.

Pero es una sabiduría divina, como nos decía san Pablo en la epístola a los Corintios de hoy, por eso es una sabiduría misteriosa, escondida, inescrutable, si Dios no la manifiesta. Muchas veces no entendemos la vida, la historia, la realidad que nos rodea: es la señal de que estamos inmersos en una sabiduría divina, no humana, por eso escapa a nuestros parámetros puramente humanos. Aún más: san Pablo nos dice que la sabiduría de Cristo que predica “no es de este mundo”, y podemos decir que está en contraste con la sabiduría de este mundo: esto se manifiesta claramente en Cristo crucificado y resucitado “escándalo para los judíos, necedad para los gentiles”, como escribe Pablo algunos versículos antes. Este primer anuncio de la Iglesia, el corazón de su mensaje, es sabiduría divina, porque es humanamente enexplicable que de la muerte nazca la vida. Como misioneros, también hoy estamos llamados a presentar el misterio de Cristo muerto y resucitado, sabiduría divina. Ni el éxito, ni la violencia, ni el poder son el lugar de la vida; el lugar de donde se resucita es el sufrimiento acogido por amor y vivido hasta el extremo. La sabiduría divina que rige el universo, gracias a la cual todo se sostiene, es el ofrecimiento de sí mismo por amor, cuya plenitud nos ha manifestado Cristo. Y porque es sabiduría divina, que escapa a los criterios puramente humanos, el evangelio de hoy nos presenta el discurso del sermón de la Montaña de Jesús, aparentemente lleno de paradojas, porque se nutre de una sabiduría no humana, sino divina: “Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”: es decir, si nuestra medida de las cosas, de las personas, de los hechos de la vida y de la historia se basan solamente en la justicia humana, significa que todavía no hemos hecho nuestra la sabiduría divina. Si lo que gobierna nuestra vida cristiana es la violencia, y no el perdón; si es la rebelión y la venganza y no el amor al enemigo; si es el puro deber y no la adhesión de corazón, entonces todavía no hemos hecho nuestra la sabiduría divina. Porque la sabiduría divina da, ama, muere por amor.

La sabiduría que rige el universo es el amor que Dios tiene por el hombre, por cada criatura. La sabiduría es el amor que se entrega: esta es la verdad de las cosas. Cada criatura está hecha para darse. Es una ley de verdad inscrita en nuestros corazones y que Cristo, sabiduría del Padre, nos revela en su plenitud gracias al Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos ayuda a conocer lo que humanamente no podemos conocer: que Dios nos ama en Cristo. Es un amor infinito, cuyo poder es inmenso, del que nada nos puede separar.

Queridos hermanos, para poder ser misioneros debemos ante todo sumergirnos en esta sabiduría y hacerla nuestra, sin miedo a perder nuestra sabiduría “demasiado humana”: si no, todo permanece en tinieblas. Presentándonos estas palabras sobre la sabiduría, el Señor nos pregunta hoy: ¿con qué sabiduría iniciamos el recorrido que nos llevará al CAM?; ¿El CAM es una estrategia pastoral?; ¿Es una receta para resolver los muchos problemas que afligen este continente?; ¿Es un encuentro en el que juntos ponemos todo nuestro empeño? Preparar el CAM significa dejarse iluminar por una sabiduría que viene de lo alto y que no es nuestra; dejarnos interrogar sin miedo y sin prejuicios por esta sabiduría divina, fuera de la cual toda la realidad ecológica, humana, social, eclesial, se queda en las tinieblas.

Porque es una sabiduría universal, es decir, inscrita en el universo, en todas las cosas y en todos los hombres, nuestro mandato misionero es un mandato universal: Cristo, sabiduría eterna del Padre, nos manda a todos, *ad gentes*, hasta los confines de la tierra. La universalidad de nuestra misión se inscribe en el hecho de que Dios es Creador de todos los hombres, y todos los hombres desean entrar en la plena verdad de su vida. La Iglesia se entiende como portadora de esta sabiduría, y una Iglesia misionera, como la desea el Papa Francisco, no puede no responder a esta llamada universal. Por eso el CAM 2023 tiene una connotación universal, subrayando el mandato *ad gentes* de la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio: ningún hombre puede ser excluido del conocimiento y de la comunión de vida con Dios Padre, con su Hijo Jesucristo, con el Espíritu Santo. Este continente ha recibido el Evangelio para hacerlo suyo, para interiorizarlo y para darlo. El discípulo misionero es discípulo porque recibe la fe, y es misionero porque la da. Abrámonos al mundo entero para que el mundo entero encuentre la clave de interpretación de la vida, de la historia, de todo el ser, en la sabiduría de Cristo, en la que todo ha sido creado.

Por eso el anuncio de la fe es algo prioritario para la Iglesia, también para estas Iglesias en América, porque la Iglesia es misionera más allá de las fronteras geográficas y culturales, más allá de los mares y de los muros. La Iglesia ama al hombre y quiere darle a conocer el secreto escondido de su vida, la sabiduría divina del don de sí, sin la que el hombre nunca podrá gustar la plenitud de la vida, la felicidad verdadera. Esta fidelidad al mandato de Cristo por fidelidad al hombre deberá marcar la preparación y la celebración del próximo CAM. Pidamos hoy con fuerza a María, *sedes sapientiae*, hacer nuestra la sabiduría divina manifestada en Cristo, para que podamos hacer partícipe de ella a cada hombre que vive en la faz de la tierra. Amén.